tad en los pueblos que prefiriendo la antropolatría al derecho dan prueba de barbarie. Fuera de nuestra historia la gran figura de Degollado, será la sombra proscrita y errante que anuncie al mundo que somos dignos de su desprecio, como todo pueblo que deja usar su conciencia para circo de pantomimas. Degollado es de los ilustres de una familia más grande, más noble, más justa, que la familia mejicana; familia eterna, porque es la familia universal que se llama la humanidad.

---

# QUINTA PARTE.

---

# CONCLUSIONES.

## CAPITULO I.

### NON ENIM POSSUMUS CONTRA VERITÀTEM. (1)

El frenesí juarista actual no puede ser sincero porque es contra la naturaleza humana y especialmente contra la mejicana. Se ha desarrollado por Juárez, no la admiración por un grande hombre, sino por un ser sobrenatural que nos ha dado Patria, Libertad, Reforma, Democracia. Para toda persona tenuemente ilustrada, semejante afirmación es de un bufo que repugna, es una mentira extracínica, es un golpe de descrédito para nuestro progreso mental. Tal juicio sobre Juárez ha tenido por consecuencia despojar de su mérito á los mejicanos á quienes debemos la Patria y la Reforma religiosa; porque las reformas políticas aunque decretadas, nuestro mérito como pueblo no las puede sostener. Es un hecho palpable que jamás hemos tenido Democracia y que probablemente ni dentro de cien años la tendremos. Es otro hecho que el más grande enemigo que tuvo la democracia mejicana fué Juárez de 1867 á 1872.

No ha habido, ni hay, ni habrá hombre que pueda dar á un pueblo Patria, Libertad, Reforma, Democracia; es como si se asegura que Inglaterra debe los mares que han hecho

(1) San Pablo á los Corintios.

su grandeza á uno de sus reyes; como si se dijera que los Estados Unidos deben la catarata del Niágara á un catarro de Washington; como si se afirmara que los japoneses deben sus islas á su trabajo de despuntar el continente asiático con machetes. Las plebes de levita creen fácilmente todas las pamemas que les arrojan del cesto del politiqueo. Pero las de los prodigios de Juárez, es difícil que las acepten á menos de encontrarse bajo el nivel de la civilización de las tribus zoólatras.

Todos los cultos de las sociedades primitivas salvajes ó bárbaras son forzosamente, sin excepción, politeístas. Un pueblo zoólatra jamás adora un solo animal, un pueblo idólatra reparte su veneración entre muchos ídolos, un pueblo antropólatra es imposible que rinda culto á un solo hombre. La antropolatría sincera primitiva se muestra por la reverencia y adoración por los *manes* ó sombras de los antepasados; es el culto á los jefes de familia, y cada familia tiene sus antecesores, sus penates, sus dioses lares, íntimos, favoritos, únicos para ella.

En la evolución del pensamiento religioso hay dos grandes períodos. En el primero se adora á los hombres, á los que se dan cualidades sobrenaturales, y es la antropolatría. En el segundo período se adora á los seres sobrenaturales llamados dioses y á los que se les da forma y cualidades humanas; lo que constituye el antropomorfismo y la antropatía. Pero la ley es absoluta: todo pueblo organizado en tribu ó nación bárbara es inexorablemente politeísta, sin excepción.

El monoteísmo corresponde á un estado más elevado de civilización, aun cuando siempre sea antropomórfico ó antropático; pero ese grado de civilización necesario al monoteísmo no consiente en ningún caso que el Dios único y eterno haya sido primitivamente un hombre. Jesucristo representa la encarnación de Dios en un hombre, no un hombre ascendido á Dios. Las masas mejicanas si se les supone salvajes no pueden tener el culto único de Juárez porque serían politeístas y si se les supone capaces del monoteísmo, no pueden admitir á un hombre convertido en Dios.



Examinemos ahora el culto patrio antropolátrico. Hay este culto cuando un pueblo supone que debe su evolución centenaria ó sus revoluciones transformistas á un hombre. Mientras más inculto es un pueblo, menos acción progresista tiene y más debe sus progresos á una clase superior sujeta á la influencia inevitable de su medio físico. Pero nunca se ha dado el caso ni se puede dar, que un pueblo deba una revolución que lo hace avanzar considerablemente, á un solo hombre. En la gran batalla del estrecho de Corea, parte del éxito se debe á Togo, pero la mayor parte se debe al valor de los marinos, á la superioridad en calidad de los barcos, á la excelencia de cañones y proyectiles, á la práctica é instrucción de los artilleros, al estado del mar, á la deficiencia de la escuadra rusa, al admirable concurso de la administración japonesa y á otras causas que aún son desconocidas. Puede decirse que Togo ha sido uno de los más distinguidos colaboradores de esa gran obra guerrera; mas hay que asegurar también que no sólo esa batalla naval, sino toda la admirable campaña se debe á las cualidades preciosas del pueblo japonés y aun á algunas de sus deficiencias, por ejemplo, á la falta de individualismo; el japonés no se considera hombre sino una partícula de la Patria, sin más voluntad que la de los representantes de su Patria. Ese pueblo ha mostrado elevación de espíritu, dando un gran lugar en su gratitud á Togo, Oyama, el Mikado, pero ha dicho por aclamación unánime de su prensa: nuestras victorias las debemos á la continua protección de las sombras sagradas de nuestros antecesores que han acompañado á nuestros ejércitos; ha dicho lo que el viejo emperador Guillermo de Prusia después de la campaña con Francia: nuestros triunfos los debemos á Dios. Los japoneses no han tenido la abyección de decir que todas sus victorias las deben al Mikado. El espíritu religioso es siempre elevado, el espíritu servil es siempre asqueroso.

Los suizos cuando supieron que los críticos habían afir-

mado y probado que su única é inmensa gloria patria, Guillermo Tell, era un ser fantástico, el Tocco de la leyenda danesa, en vez de querer matar á sus críticos, dijo por medio de su prensa: "La única gran gloria patria de Suiza es su propio pueblo." Y así debe ser en todo pueblo civilizado; debe reconocerse, premiar y estimar á los grandes hombres, pero siempre procurar que la primera de las glorias patrias sea el pueblo. Este es el gran dogma del culto patrio en los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y en otros grandes pueblos.

Sólo los pueblos muy infelices renuncian todas sus cualidades, todos sus sufrimientos, todos sus esfuerzos, toda su cooperación, importante, dominante, decisiva para que se cumpla en ellos una colosal revolución progresista. Aun esos pueblos muy infelices tienen la conciencia de que no sólo poseen uno sino varios hombres-dioses y de que cada gran fenómeno social se debe á diferente hombre ú hombres. España, que ha tenido el culto patrio de los grandes hombres, no atribuye la reconquista á Pelayo, sino á muchos reyes y reinas y célebres guerreros, y si sus plebes están formadas de hidalgos es por la participación que tuvieron en la grande obra nacional. España ha tenido y le ha dañado el desprecio por su valor social y ha exagerado el mérito de sus grandes hombres, pero jamás ha concentrado su admiración en uno; su culto antropolátrico patriótico ha sido politeísta como es posible que lo sea.

En las demás naciones latino-americanas el pueblo es como en Méjico, bastante inculto para jactarse de renunciar á sus méritos reales y á la posesión de clases superiores ameritadas, para tener la vanidad de declararse siervo de algunos ídolos. Sigue quitando, como en 1821, bestias de las carretelas triunfantes para ocupar tan vil lugar. Pero si algo es notable en esas sociedades, es la abundancia excesiva de glorias patrias; todos los poetastros son el Dante ó Víctor Hugo; todos sus dramaturgos Shakspeare ó Schiller; todos sus generales Alejandro el Grande, Napoleón I, Moltke; todos sus políticos Jiménez de Cisneros ó Cavour; todos sus míseros banqueros los Rotschild; todos los mineros archimillonarios en proyecto; todos los autores de cuartelazos, Bolívar: se siente una pesada atmósfera de megalomanía y al mismo tiempo un furor por despreciarse y ser despreciado como pueblo. Pero en fin, existe la característica de la sinceridad en el culto patrio antropolátrico, el politeísmo, y un politeísmo exagerado.



En Méjico, así hemos sido siempre; hemos tenido bastante ignorancia para despreciarnos como pueblo al grado de considerarnos con menos potencia que una sociedad de hormigas y nos hemos entregado al culto patrio antropolátrico, exagerado, exageradísimo; tenemos libros de llamada historia en que en cada nombre hay un Júpiter, en cada palabra una hazaña, en cada letra un himno; nuestro vicio ha sido fabricar héroes y en general glorias patrias, con la misma profusión con que en los Estados Unidos se fabrican clavos para zapatos ó pastillas de chicle.

Repentinamente se produce el gran fenómeno: todos nuestros verdaderos grandes hombres y toda la plebe ruidosa de nuestras falsas glorias nacionales, se hunden como por un terremoto en nuestra historia, en nuestra poesía, en nuestra literatura, en nuestra prensa, en nuestros calendarios, para hacer surgir á una figura á quien *debemos* todo lo bueno que tenemos, y todo lo que no tenemos; y esa figura, no necesito nombrarla, es la de Juárez. En esto no puede haber barbarie nacional, porque la característica implacable de la barbarie en todo culto religioso ó patrio es el politeísmo. Tampoco puede ser efecto de civilización, porque ningún hombre puede ser autor de un pueblo, de su vida, de su muerte, de sus revoluciones, de su historia, de su gran Reforma.

Si algo hay deplorable en Méjico es el provincialismo vanidoso, intransigente, ampuloso, invasor en nuestra historia como el aire en nuestros pulmones. Los Estados siempre nos han agobiado con la gloria de sus hijos justamente grandes

y con la barahunda de una comparsa numerosísima de enanos con cascabeles atronadores, reclamando la veneración nacional y extranjera por su imprevista grandeza. En los Estados hay hombres tan instruídos y estudiosos como en la ciudad de Méjico y que por consiguiente saben que las grandes revoluciones y las centenarias transformaciones nacionales siempre las hacen los pueblos ó las clases sociales, jamás un sólo hombre; saben también que la Reforma en la historia universal como en la patria, no ha sido la obra de una familia, de una corporación, de un partido político, de una generación, de una época, de un solo estado uniforme de conciencia *en la nación mejicana sensible*, viva, progresista, sino un verdadero desenvolvimiento lento ó sofocante de ideas, de pasiones, intereses, de acciones superorgánicas exteriores y físicas interiores; de los trabajos del pensamiento; de los apetitos de la ambición; del fanatismo profesional; de grandes virtudes íntimas y de horribles vicios públicos. Por último, saben lo que es muy notable: nadie puede precisar en qué consisten los méritos de Juárez: se cree convencer cuando para admirar á Juárez gritan: "Es preciso venerarlo porque fué el hombre de la fe inquebrantable y de la constancia sublime."

Para que un hombre de fe merezca la admiración, es preciso que esa fe lo impulse á cumplir actos grandiosos, heróicos, trascendentales. Cristóbal Colón fué un hombre de fe y por lo mismo buscó los recursos para su expedición sufriendo privaciones, enfermedades, desaires, burlas, y cuando alistó sus barcos fué él quien se lanzó á la cabeza de sus tripulantes, arrojándose á un abismo insondable de peligros y espantoso misterio. Magallanes hizo lo mismo, fué él quien se puso al frente de su expedición, dió él la vuelta al mundo, probó la esfericidad de la Tierra, descubrió el estrecho al fin de la América del Sur y volvió á su hogar demacrado por los padecimientos y los insomnios, pero cubierto de gloria. Napoleón I, fué corso, es decir, supersticioso, tuvo fe en su destino como Alejandro; pero es él quien ordena las



batallas, quien anima á sus soldados, quien inspira terror á los enemigos; quien cuando sus batallones en la pelea vacilan ó se retardan, se pone al frente de ellos como un coronel y da el último y supremo empuje.

No tienen nada de admirable los hombres de fe cuyos actos se resumen en una inacción de monolito, como fué la fe de Juárez en lo que tuvo fe; esa clase de fe, la tienen todas las cocineras que han dado cinco centavos por un billete de lotería y esperan sin fatiga la entrada del premio gordo en su bolsillo; es la fe de los hojalateros en política; la fe de que *no lloverá esta tarde* del vulgo, para que no fracase la corrida de toros; la fe del agricultor en la precipitación oportuna de algunas nubes. Pero á Juárez le faltó hasta esa fe, cuando sacrificó en Tacubaya, por terror á Miramón, el ejército de Degollado; le faltó esa fe cuando ya expedidas por él las leyes de Reforma contra el clero, buscó un arreglo ó un apoyo del clero bajo, es decir, una unión de amasiato adúltero entre la Iglesia y el Estado; le faltó la fe cuando autorizó el tratado Mac-Lane, cuando lo ratificó, cuando seis meses gestionó su despacho, lo que prueba que no le faltó la fe un momento; le faltó la fe cuando instigó y logró que las armas norteamericanas invadiesen las aguas patrias en Antón Lizardo, aterrado por una escuadrilla ridícula, que según cantaba el pueblo veracruzano, era la "escuadra de Papachín, dos guitarras y un violín"; por último, le faltó la fe cuando propone transar con Miramón, sacrificando desde luego la Reforma y después la Constitución.

Nadie puede ignorar que la constancia para ser sublime exige ser la constancia en el deber, en el dolor, en el sacrificio, en el esfuerzo penoso; pero la constancia en el bienestar, en la tranquilidad, en la vida regalada, nunca ha sido heroica ni meritoria. El hombre huye del dolor y aspira á la constancia eterna en la felicidad. La existencia de Juárez en Veracruz fué envidiable: habitaba un palacio, su persona estaba custodiada por edecanes, estaba rodeado de amigos, lo adulaba incesantemente una cortesana burocracia; asistía